

## Comentario al evangelio del lunes, 21 de marzo de 2011

Queridos amigos y amigas:

El evangelio de hoy recoge el final del sermón de la Montaña en su versión lucana. Al final de su discurso, Jesús propone cinco criterios prácticos para amar a los demás. Sin duda que los acogeremos como un buen plan de vida cuaresmal. Más que propósitos, constituyen cinco actitudes que hoy pediremos obstinadamente y sin desmayo al Padre bueno. Con esos dones se puede componer en nosotros el rostro más amable de Dios: su corazón materno.

**Pidamos, en primer lugar, ser misericordiosos:** No pedimos una venda para los ojos para no ver lo malo del otro, sino ojos de madre que nos trasladen hasta la verdad más honda de las personas caídas y nos hagan caer en la cuenta de que ellas, normalmente, no son “malas”, sino que “están mal”. ¡Es tan distinto! Ante quien está mal... sólo vale la compasión y la ayuda... La estricta justicia jamás será capaz de sanar al herido porque sólo el amor –no la ley- es lo que restaura.

**Pidamos también no juzgar a nadie:** Reconozcamos, para empezar, que no conocemos al otro. Vemos sólo la apariencia que nos muestra: su conducta externa. Pero no resulta fácil acceder a sus intenciones, a sus deseos, a su interior, a su verdad... Además, ¡somos tan parciales y proyectivos en nuestros juicios! Nos suele suceder que criticamos en los demás lo que nosotros mismos encubrimos, disculpamos o maquillamos. Tendemos a ser injustos, porque nos juzgamos a nosotros mismos por nuestros ideales y a los demás por sus actos.

**Pidamos, en tercer lugar, no condenar.** Somos grandes exploradores del espacio exterior, pero muy poco hábiles explorando el espacio interior. No es fácil reconocer objetivamente la culpabilidad. Ni suponer que la condena sea “supuestamente justa y merecida”. No condenar no es lo mismo que justificar. Es más bien creer en la fuerza positiva que desde el fondo de cada persona alienta y genera vida... ¡Es posible para cualquier persona el volver a empezar!

Cuando pidamos el don de perdonar, **pidámosle también un raro don: olvidar.** El olvido de las ofensas no es humano. Es divino. Lo sabemos. Sólo Dios lo hace de manera perfecta. Las ofensas más bien nos despiertan la memoria y de qué manera. Si perdonar es comprender, es caer en la cuenta de que mis enemigos “no saben lo que hacen”... olvidar es una virtud superior: es tener el mismo corazón de Dios que elimina del recuerdo el mal recibido... ¡Algo impensable!

Finalmente, **pidamos a Dios generosidad, dar sin medida.** La magnanimidad es el mejor de los negocios. ¿Daremos mucho trabajo a Dios para convencernos de que nos interesa dar sin usar calculadoras? La manera de dar vale más que lo que se da. Demos generosamente y con humildad... y

no tardaremos en recoger beneficios impensables. En las cosas de Dios lo más prudente es atreverse a las “imprudencias”.

Decía S. Agustín que “a Dios no se va caminando, sino amando”. Y tanto mejor para nosotros cuanto más nos acerquemos a Él por los mismos caminos por los que Él se ha acercado a nosotros. Esto es, amando. No tiene sentido una práctica cuaresmal sin el amor. Lo dice el mismo Señor: “Misericordia quiero y no sacrificios”.

Vuestro, amigo y hermano,  
Juan Carlos cmf

Juan Carlos Martos, cmf

---

Publicado en Ciudad Redonda  
[www.ciudadredonda.org](http://www.ciudadredonda.org)